



Yo no era modesta ni trabajadora, ni me desvivía por aprender, y sin embargo no me encontraba a gusto con las gentes hasta que las llevaba al terreno de aquellas cosas que sabían mejor que yo; si no, no les sacaba substancia. Fuese lo que fuese, aunque yo no hubiese de hacerlo jamás: ver cepillar una tabla al carpintero, ver al carnicero separar con el cuchillo el hueso de la carne; cuando lo hacían con verdadera maestría me producía una admiración y un bienestar que yo no podía expresar más que diciendo: «Eso es hacer las cosas como Dios manda». Cuando descubrí que la maestra era capaz de hacer aquellos primores ya tuve de qué hablar con ella. Le preguntaba de todas las labores que había visto hacer a mis tías y todas las conocía. Allí, en casa de mi abuela, en aquel odioso gabinete donde se hablaba de cosas nunca claras y siempre maltencionadas, los bastidores y cestillos me parecían embelecados estúpidos. Miraba a veces por encima del hombro de alguna de mis tías y aquello no tenía secreto para mí: yo era tan hábil como cualquiera de ellas, pero no me interesaba demostrarlo.

En cambio, a mi maestra me gustaba dejarla que me enseñara, me gustaba verla empezar y rematar las cosas, verla (...)

Rosa Chacel  
(1898-1994)

*Memorias  
de Leticia  
Valle*

Ilustración:  
Marga Lliso  
del Hoyo



librosalacalle.com